



unánimes

# Estudios bíblicos

## N: Los milagros de Jesús

### 03.- La curación del hijo del noble



unánimes

Estudios Bíblicos

N.03.- La curación del hijo del noble

## 1. El texto

### Juan 4:46-54

*Fue, pues, Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había en Capernaúm un oficial del rey, cuyo hijo estaba enfermo. Cuando oyó aquel que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a él y le rogó que descendiera y sanara a su hijo, que estaba a punto de morir. Entonces Jesús le dijo:*

*—Si no veis señales y prodigios, no creeréis.*

*El oficial del rey le dijo:*

*—Señor, desciende antes que mi hijo muera.*

*Jesús le dijo:*

*—Vete, tu hijo vive.*

*El hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue. Cuando ya él descendía, sus siervos salieron a recibirlo, y le informaron diciendo:*

*—Tu hijo vive.*

*Entonces él les preguntó a qué hora había comenzado a mejorar. Le dijeron:*

*—Ayer, a la hora séptima, se le pasó la fiebre.*

*El padre entonces entendió que aquella era la hora en que Jesús le había dicho: «Tu hijo vive». Y creyó él con toda su casa. Esta segunda señal hizo Jesús cuando fue de Judea a Galilea.*

## 2. Introducción

Casi todos los comentaristas creen que ésta es otra versión de la historia de la curación del siervo del centurión que se encuentra en el Evangelio de Mateo y el de Lucas; pero hay diferencias notables entre las dos que nos justifican el tratarla como una historia independiente.

De nuevo Juan nos narra un evento milagroso que está lleno de detalles y enseñanzas que conviene analizar. Durante todo su evangelio el apóstol nos quiere revelar a un Jesús lleno de amor y de justicia. A Dios hecho hombre, perfecto Dios y perfecto hombre. A Aquel que mueve nuestra fe y, como resultado, nos llena de su gracia. El oficial del rey, en la historia que nos narra Juan, es un buen ejemplo de lo que deberíamos ser todos nosotros. Uno que recurre al Rey de los Cielos y en apariencia se va con la manos vacías. Sin embargo, lleno de fe, se regresa creyéndole a aquel a quién recurrió en primera instancia, para descubrir que el milagro se había dado y recibir entonces Su gracia.

### 3. El regreso a Galilea

*Fue, pues, Jesús otra vez a Caná de Galilea...*

El gran ministerio de Jesús en Galilea comienza en este momento. Comprende el período entre diciembre del año 27 y abril del año 29 de nuestra era, unos dieciséis meses en conjunto.

Después de la muerte de Herodes el Grande en el año 4 antes de Jesucristo, su reino se había dividido en la siguiente forma:

- a. Arquelao llegó a ser gobernador de Judea, Samaria y parte de Idumea, ejerciendo sus funciones desde el año 4 a.C. hasta el año 6 d.C. Cuando fue depuesto, su territorio pasó a manos de procuradores que se sucedían unos a otros. Poncio Pilato, el que ordenó la crucifixión de Cristo, fue uno de ellos. Gobernó del año 26 al 36 de nuestra era.
- b. Felipe había sido hecho tetrarca de la región este y noreste del Mar de Galilea, tetrarquía a la que el evangelista Lucas da el nombre de “Iturea y la provincia de Traconite”.
- c. A Herodes Antipas se le había asignado Galilea y Perea, sobre los cuales gobernó como tetrarca desde el año 4 a.C. hasta el 39 d.C. Era hermano de Arquelao.

Por consiguiente, durante el gran ministerio en Galilea Jesús ministró en los dominios de Herodes Antipas. Este es el Herodes de los Evangelios excepto Mateo 2 y Lucas 1 donde se narra el nacimiento de Jesús.

Una gran parte de los evangelios de Mateo y Marcos está dedicada a este Gran Ministerio en Galilea y también una porción considerable del Evangelio de Lucas.

Puesto que el propósito del Evangelio de Juan consiste en seleccionar solamente aquellos sucesos de la vida de nuestro Señor en que su deidad aparece con una evidencia sorprendente y puesto que su escritor da por sentado que sus lectores ya conocen el contenido de los otros tres Evangelios, no es de sorprender que el relato del gran ministerio en Galilea se reduzca aquí a dos acontecimientos: la curación del hijo de un oficial del rey y la multiplicación de los panes que se narra más adelante. El milagro que se narra en el capítulo 5, aunque ocurrió durante el Gran Ministerio en Galilea, en realidad tuvo lugar en Judea.

Lo principal, sin embargo, es esto: Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios, se revela a círculos cada vez más amplios. Ahora ha llegado a Caná de Galilea. Aquí obra un milagro en que se exhiben su majestad y poder divinos en una forma extraordinaria.

### 4. La referencia anterior

*...donde había convertido el agua en vino.*

Este Caná a donde Jesús fue, era el mismo donde había realizado su primera señal. Aquí vivía Natanael. La noticia de la llegada del Señor a Caná llegó hasta Capernaúm, la cual se encuentra a unos cuatro kilómetros al suroeste del punto en que el Jordán, que viene del norte, entra en el Mar de Galilea. Esta era la ciudad de Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo y Salomé. Era un centro de recaudación de impuestos y probablemente sede de un puesto militar romano.

## 5. La situación

*Había en Capernaúm un oficial del rey, cuyo hijo estaba enfermo.*

Aparece en este momento un oficial real. Probablemente era uno de los cortesanos del tetrarca Herodes Antipas. No sabemos su nombre. Parece ser que este cortesano era judío, pues más adelante en el Evangelio de Juan aparece incluido en la multitud judía que tenía cierto interés por Jesús, principalmente como obrador de milagros. Es posible, incluso que este hombre hubiera estado en la Pascua en Jerusalén y en aquel tiempo hubiera presenciado alguno de sus milagros. De todas formas reconocía que aquel nuevo profeta tenía poder para curar, porque la fama de Jesús ya había tenido tiempo suficiente para esparcirse por toda Galilea.

El relato nos dice que este hombre tenía un hijo que estaba enfermo. El que este hijo fuera el único de la familia es algo que no se puede probar. Ni siquiera es absolutamente cierto que este hijo fuera un niño pequeño. El cuarto Evangelio usa el término griego en el sentido de un pequeño y también como una expresión de afecto o familiaridad, como nuestro “hijito”. Sabemos, sin embargo, que la enfermedad de este hijo era muy grave. Estaba a punto de morir.

## 6. El ruego

*Cuando oyó aquel que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a él y le rogó que descendiera y sanara a su hijo, que estaba a punto de morir.*

El padre del muchacho enfermo, al hacer el viaje de Capernaum a Caná cometió por lo menos dos errores:

- i. Dio por sentado que para hacer una curación Jesús tendría que ir de Caná a Capernaúm y llegar hasta la cama del muchacho. En este sentido no se le puede comparar favorablemente con aquel centurión cuyo siervo estaba enfermo y con el cual, sin embargo, a veces se le ha confundido.
- ii. Estaba también convencido de que el poder de Cristo no alcanzaba más allá de la muerte. Jesús debía ir inmediatamente pues el muchacho estaba a punto de morir. Si había algún retraso y el muchacho moría antes de que el sanador llegara, todo estaría perdido. Tal era su “fe”.

Unido a estos dos errores existe un tercero que se indica en el párrafo siguiente:

## 7. La respuesta de Jesús

*Entonces Jesús le dijo:*

*—Si no veis señales y prodigios, no creeréis.*

Jesús se lamenta de que este hombre, que ya había oído (y, tal vez, visto) tanto de Cristo, estuviera aún en el peldaño más bajo de la fe. Su confianza, y la de otros como él, tenía que ser constantemente alimentada por señales y prodigios. No cree en la personalidad divina de Cristo, ni tampoco en su palabra, a no ser que ésta vaya acompañada de un milagro.

Cuando Jesús habló de señales y prodigios no se refería a dos clases de obras sobrenaturales. Se trata, más bien, de que la misma obra es señal cuando se la considera desde un ángulo, y prodigio cuando se la contempla desde otro. Un prodigio es algo sorprendente. Con este término se contempla la poderosa obra no como señal, desde el punto de vista de la luz que derrama sobre la persona y obra del Señor, sino desde la perspectiva del efecto que causa sobre los espectadores. ¡Estos espectadores siempre deseaban ver algo sensacional y emocionante! Por eso Jesús dice: “Si no veis señales y prodigios no (o μή) creeréis en absoluto”.

Estas palabras de tierna reprensión alcanzaron el blanco. Como vemos en 4:50, el hombre tiene muy en cuenta esta sincera advertencia y a la vez grave queja. Pero al mismo tiempo su corazón está obsesionado por el estado de su hijo.

## 8. La desesperación del oficial y la solución

*El oficial del rey le dijo:*

*—Señor, desciende antes que mi hijo muera.*

*Jesús le dijo:*

*—Vete, tu hijo vive.*

*El hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue.*

El oficial del rey, por lo tanto, derrama su alma en una breve frase de apremio y le dijo: Señor, desciende antes que mi querido hijo muera.

Jesús, que en aquel mismo momento estaba curando el cuerpo del muchacho y al mismo tiempo el alma del padre, le dijo: “Ponte en camino, tu hijo vive”. Esta última expresión no se ha de rebajar como si quisiera decir: “... va a vivir”. Lo que indica es que mediante un acto omnipotente realizado en aquel momento, el muchacho había quedado completamente restablecido y estaba, por lo tanto, disfrutando de plena salud y vigor.

El hombre, cuya fe hasta ahora había descansado únicamente en milagros avanza a un estadio superior: creyó en la palabra que Jesús le había dicho. Aceptó la palabra aun sin ver ninguna obra. Al día siguiente, probablemente al amanecer, el padre se puso en camino a Capernaúm.

## 9. La noticia

*Cuando ya él descendía, sus siervos salieron a recibirlo, y le informaron diciendo:  
—Tu hijo vive.*

En Capernaúm, mientras tanto, los criados se habían dado cuenta del repentino y sorprendente restablecimiento. Llenos de gozo, no pueden esperar la llegada del amo. Podemos leer entre líneas que en aquella casa las relaciones entre dueño y siervos eran ideales. Los criados salen al encuentro de su señor con las gratas nuevas y tan pronto como lo ven le dan el reconfortante mensaje. La frase que muy probablemente usaron debió ser casi idéntica a la que el mismo Jesús pronunció: “Tu hijo vive”. La pregunta que el padre hace a continuación es, de hecho, muy natural.

## 10. La pregunta y la confirmación

*Entonces él les preguntó a qué hora había comenzado a mejorar. Le dijeron:  
—Ayer, a la hora séptima, se le pasó la fiebre.*

*El padre entonces entendió que aquella era la hora en que Jesús le había dicho: «Tu hijo vive». Y creyó él con toda su casa.*

Una vez más nos enfrentamos con el problema de la medida del tiempo en el cuarto Evangelio. Y también ahora, como antes, el sistema del día civil romano parece proporcionar la explicación más natural. Si “la hora séptima” significa la una de la tarde (según el sistema judío) entonces tendríamos que suponer que el oficial, después de oír de labio de Jesús que su hijo estaba curado, decidió quedarse en Caná el resto del día, no emprendiendo el regreso hasta la mañana siguiente; o bien que después de andar unos pocos kilómetros, se quedó toda aquella tarde y la noche en alguna aldea cercana y luego continuó su camino para ver a su hijo. Pero esto, ciertamente, está muy lejos de ser natural. La explicación que, a pesar de todo, dan los que son partidarios del sistema judío de medir el tiempo es ésta: el padre retrasó deliberadamente su regreso a Capernaum, sabiendo que “el que creyere no se apesure. Pero, ¿no lo hubiera impulsado el amor de padre hacia su hijo ya curado, a seguir su camino inmediatamente y mucho más aun si se tiene en cuenta que aplicando aquí el sistema judío hubiera habido tiempo suficiente para llegar antes de la medianoche? ¿Hemos de suponer, entonces, que tanto el padre como los criados actuaron con tal tranquilidad? Pero si la curación se realizó a las siete de la tarde, según el sistema del día civil romano, podemos comprender que el padre no llegara a Capernaum sino hasta el día siguiente. Aun la distancia entre Caná y Capernaum es de sólo unos veinticinco kilómetros, una gran parte

de ella es terreno montañoso, de forma que se necesitan unas siete horas para recorrerla.

Cuando los criados contestaron: “Ayer a la hora séptima le dejó la fiebre”, su señor recordó inmediatamente la hora: *El padre entonces entendió que aquella era la hora en que Jesús le había dicho: «Tu hijo vive». Y creyó él con toda su casa,* es decir, todos los que vivían en aquella casa; quizá (además del padre) la madre, los criados, el muchacho curado y otros niños, si había alguno que ya tuviera edad de discernir. Por supuesto, no es necesario suponer que había otros niños. Por otra parte no hay por qué dar por sentado que éste fuera el único hijo.

## 11. La segunda señal

*Esta segunda señal hizo Jesús cuando fue de Judea a Galilea.*

Después de volver de Judea a Galilea, ésta fue la segunda señal que el Señor hizo en este último lugar. Ambas ocurrieron en Caná. En las dos manifestó el Señor su gloria. Primero, al transformar el agua en vino, mostró su control absoluto sobre el universo físico. Y ahora, por medio de esta segunda señal, hace ver que la distancia no representa un verdadero obstáculo para la manifestación de su amor y poder. Por consiguiente, en los dos casos el Salvador se revela como el Hijo de Dios. Y, por último, el Señor usó estos dos milagros (unidos a sus palabras) para poner fe en los corazones de sus hijos. Después de la primera señal creyeron los discípulos. Después de la segunda, no sólo creyó el oficial, sino también todos los de su casa. Este es el método normal en el reino. Dios es el Dios del pacto. Su promesa consiste en bendecir a los padres creyentes y a su simiente.

## 12. En síntesis

El Hijo de Dios se revela a círculos cada vez más amplios; a Galilea: curación del hijo de un noble.

Después de haber recogido fruto para vida eterna en Samaria, Jesús prosigue su viaje a Galilea. Esta vez no vuelve a Judea, donde el rápido crecimiento en el número de sus discípulos tendía a provocar una crisis prematura, sino que sigue hacia el norte, sabiendo que el peligro no es tan inmediato en Galilea, su propia tierra, como en Judea porque: “un profeta no tiene honra en su propia tierra”.

Una vez que hubo llegado a Caná—el lugar donde obró su primer milagro—un noble judío le rogó que fuera inmediatamente a su casa. Parece ser que este hombre era un cortesano en el servicio del “rey” Herodes Antipas, el cual era, en realidad, tetrarca o sea gobernador de una cuarta parte del reino; más tarde pasó a significar gobernante de una parte cualquiera del país; y luego, reyezuelo. El hijo del noble estaba enfermo en Capernaum. El padre le suplicó urgentemente a Jesús que descendiera a Capernaum para curar a su hijo.

Jesús no sólo le concedió la curación física al niño sino que también le impartió sanidad espiritual al padre, cuya fe se transformó del siguiente modo: de una mera creencia en el poder de Cristo para obrar milagros a la fe en la palabra de Jesús y finalmente a la fe en la persona de Cristo, a cuya fe se le unió toda su casa.

En esta segunda señal en Caná la gloria de Cristo se manifestó de una forma muy singular. Hubo ocasiones en que Jesús impartió la curación tocando al enfermo o tomándolo de la mano o dándole una orden. Pero aquí no hay nada de todo esto. El Hijo de Dios declara su voluntad. ¿Resultado? Instantáneamente el poder curativo entra en el cuerpo del muchacho, restableciéndolo completamente ¡a una distancia de veinticinco kilómetros!

### 13. Conclusión

Como ya lo hemos indicado antes, Juan centra su evangelio en la persona de Jesús. En la conclusión del presente estudio vamos nosotros a centrarla en el oficial del rey.

Algunos detalles de la conducta del funcionario son un ejemplo para todos:

i. Aquí tenemos a un diplomático que acudió a un carpintero. La palabra griega usada aquí es “basilikós”, que podría significar que era un reyezuelo; pero se usa para funcionarios del rey y lo más probable es que se tratara de un hombre de posición elevada en la corte de Herodes. Jesús, por el contrario, no era más que un carpintero del pueblo de Nazaret. Además, Jesús estaba en Caná y este hombre vivía en Cafarnaúm, que estaba a 25 kilómetros. Por eso le llevó tanto tiempo el volver a su casa.

No se puede imaginar una historia más peregrina que la de un alto funcionario que recorre veinticinco kilómetros a toda prisa para pedirle un favor a un carpintero de pueblo. Lo primero y principal es que este aristócrata se tragó su orgullo. Tenía una necesidad angustiosa y ni los convencionalismos ni el protocolo le impidieron acudir a Jesús con su necesidad. Su gesto causaría sensación, pero a él no le importaba el qué dirán con tal de obtener la ayuda que tanto necesitaba. Si queremos de veras la ayuda que Jesús nos puede dar, tenemos que ser lo suficientemente humildes para tragarnos nuestro orgullo y no tener en cuenta lo que diga la gente.

ii. Aquí tenemos a un diplomático que se negaba a darse por vencido. Jesús le recibió con lo que a primera vista parecería un jarro de agua fría, diciéndole que hay gente que no cree a menos que se la provea de señales y milagros. Puede que Jesús dirigiera esas palabras más a la multitud que se habría reunido a ver en qué paraba todo aquello que al diplomático mismo. Es probable que hubiera muchos curiosos.

Pero Jesús tenía una manera de asegurarse de que una persona iba en serio. Si aquel hombre se hubiera dado la vuelta presumido y airado, si hubiera sido demasiado orgu-



lloso para escuchar la advertencia, si hubiera cedido al desaliento a la primera, Jesús se habría dado cuenta de que su fe no era auténtica. Uno tiene que tomar su situación sinceramente en serio para poder recibir la ayuda de Cristo.

- iii. Aquí tenemos a un diplomático que tenía fe. No era fácil emprender el camino de vuelta a casa sin llevarse más que la palabra de Jesús de que su muchacho se iba a poner bueno. Hay gente en nuestros días que se empieza a tomar en serio el poder del pensamiento y de la telepatía y no negarían este milagro simplemente porque se realizó a distancia; pero tiene que haberle sido difícil al diplomático. Pero tenía la fe suficiente para recorrer otra vez los veinticinco kilómetros no llevando nada más que la palabra de Jesús para confortarle el corazón.

Es de esencia de la fe el creer que lo que Jesús dice es verdad. A menudo se tiene una especie de anhelo vago de que fueran verdad las promesas de Jesús; pero la única manera de entrar de veras en ellas es creerlas como el náufrago que se aferra a lo que sea que le pueda salvar. Si Jesús dice algo, no es que a lo mejor es verdad; ¡es que tiene que ser verdad!

- iv. Aquí tenemos a un diplomático que se entregó. No fue un hombre que le sacó a Cristo lo que quería y luego se fue y se olvidó. Él y todos los suyos creyeron. No le sería fácil a él, porque el que Jesús fuera el Mesías iría a contrapelo con todas sus ideas preconcebidas. Ni le sería fácil confesar su fe en Jesús en la corte de Herodes. Tendría que soportar que se rieran y burlaran de él y hasta que le tomaran por loco.

Este diplomático se enfrentaba con los hechos y los aceptaba. Había experimentado lo que Jesús podía hacer y no le quedaba más que rendirse a los hechos. Había empezado por un sentimiento de necesidad desesperada, que Jesús le había solucionado y su sentimiento de necesidad había dejado paso a otro de agradecimiento y amor desbordante. Esa debe ser la historia de cualquier vida cristiana.